

<https://el:getpropriaoriginalidad.com>

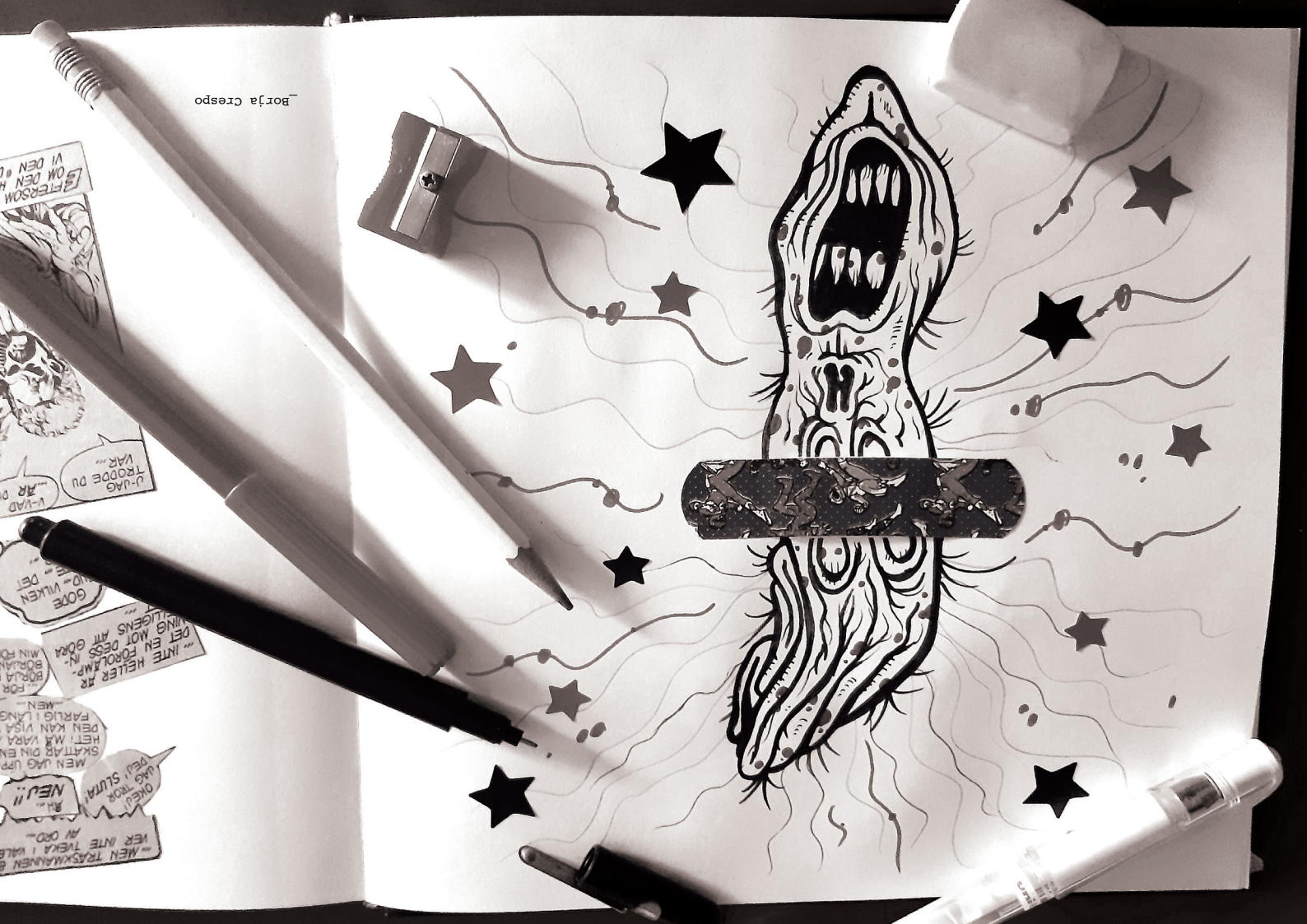
AZKUNA
ZENTROA
ALHONDIGA
BILBAO

Choose
your own
normality

normaltasuna
Aukeratu zure

April 2021
'zine 002

Etige tu propia normalidad



Borja Crespo

MEN TASKANNEN
MER NTE TIEKA I WALE
AV ORD
Ah...
NEU!!
Ogdeu
Uag suta
MEN JAG UPP
SKATTAR OM EN
HET. MÅ VARA
FÄRLIG I LANG
MEN...
FÖR
BORJA
MIN PÅ
JÄNTE HELER AR
N-
FÖRUM-
ING NOT DESS
LIGENS ATT GÖRA
GOE
D- MILKEN
DE
U- VAD
AR DU
U-JAG
TROBBE DU
VAR...
PERSON
OM DEN
VI DEN

CASTRACIÓN SOCIAL
BORJA CRESPO, 2021.

Se cumple más de un año del comienzo de la castración social de las que somos víctimas por culpa del dichoso coronavirus, pero no hay que echar únicamente la culpa a nuestros mandatarios y a la maldita pandemia de nuestra actual situación de aislacionismo mental. Salir de casa no es tendencia, y así se va a quedar por los siglos de los siglos si no reaccionamos a tiempo con nuevas ideas colectivas que viralizar más allá del sofá. El nuevo concepto espacio-temporal nos ha minado el cerebro y la multipantalla va camino de ser la puntilla. A pesar de echar de menos los eventos presenciales, no nos movemos de casa aunque nos llama la atención alguna convocatoria cercana, dentro del confinamiento perimetral. Nos lo han puesto difícil para pisar el asfalto, pero nadie nos ha obligado a jubilar los zapatos. El barrio, una simple manzana, aloja un mundo increíble de posibilidades, poblado por gente con la cual interactuar manteniendo la distancia de seguridad. Hemos acabado con las videollamadas prácticamente de cuajo, excepto si son de trabajo. Hemos bajado el pistón en la comunicación con los demás, incluso hemos dejado de quedar para pasear en compañía como en la desescalada. Mientras, nuestro vivir cada día prosigue su rumbo mutilado. No hemos recuperado el brío, todo nos da pereza, excepto protestar por el abuso del uso de la mascarilla mientras fiscalizamos al vecino de enfrente

porque se ha montado una fiesta sin invitarnos. El encierro es cerebral, para adentro, como si nos hubiesen chupado la vitalidad. Pero no nos engañemos, alimentar la maquinaria depende en gran parte de nuestra fuerza y queda en nuestras manos liberarnos del peso de la actualidad. No debemos culpar al sistema de todas nuestras penas. Hay quien se ve obligado a centrarse únicamente en su supervivencia, y la de su clan, pero aunque hayamos capeado el temporal, sorteando las circunstancias, seguimos mirando desde la barrera, con miedo a pisar las arenas movedizas de la incertidumbre, secuestrados por una temporalidad insondable. Llevamos un pequeño apocalipsis en la mochila y en vez de transformarlo en energía positiva contemplamos absortos el brillo de sus ojos sin evitar el roce de sus tentáculos. Nos acaricia el tedio y sonreímos ante la adversidad, pretendiendo ser lo que no somos gracias a Internet. Es la hora de reaccionar y mirar cara a cara a la realidad. Tanto reflexionar, en busca de la verdad, no puede ser bueno. Toca mover ficha antes de que nos devore nuestra propia existencia anodina. Elige tu propia normalidad. Es tuya y solo tuya, pero puedes compartirla con los demás. Elígela, antes de que lo hagan por ti. Cuesta pensar, por eso quieren hacerlo en tu lugar. El cuento de siempre. ¡Feliz aniversario!

<https://eligetupropianormalidad.com>

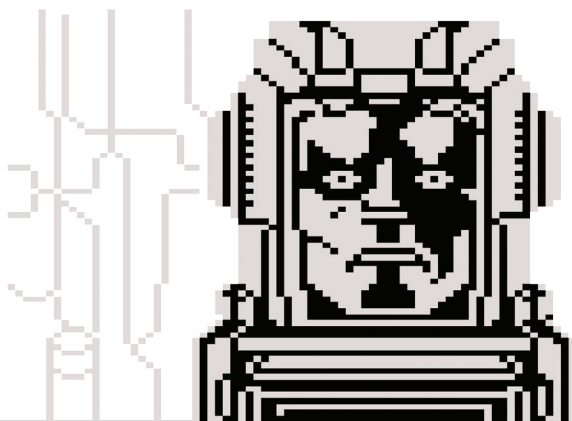


<https://eligetupropianormalidad.com>

_Raquel Meyers

No hay lugar para la ironía. Toda obra que se mueve en el filo es susceptible de entenderse al revés. La excesiva corrección política que azota estos tiempos convulsos también influye en el título de grandes clásicos. 'Diez negritos', la conocida novela de Agatha Christie, la gran dama del suspense, pasa a llamarse 'Eran diez', y así se estrena la adaptación contemporánea para la televisión.

El cambio de nombre ya dio de qué hablar después de que HBO anunciase que incluía un letrero con instrucciones para espectadores despistados antes del visionado de 'Lo que el viento se llevo'. A un lado y a otro, se lleva "cancelar" de oídas. Malos tiempos para la sátira. Y para la veracidad.



<https://eligetupropianormalidad.com>

¡FELIZ COLAPSO! RAQUEL MEYERS, 2021.

El 17 de marzo se cumplió para mi un año desde el confinamiento, ya que me tocó pasarlo en Francia, concretamente en Angoulême. Allí me encontraba de residencia, con la ilustradora Araiz Mesanza, en la *Maison des Auteurs* con una beca de animación de Irudika. El maremágnum del coronavirus nos pilló lejos de casa y cada cual tuvo que tomar la decisión de quedarse o marcharse. Araiz volvió a Oslo y yo pude quedarme en Angoulême gracias al apoyo de la propia *Maison*. Una estancia de tres semanas se convirtió en tres meses y, a diferencia de muchas personas, sin conexión Wi-Fi. Simplemente con lo que el roaming me permitía acceder: cero vídeos, cero videollamadas. Solo mensajería, datos básicos y llamadas telefónicas. Mis posesiones eran un ordenador, un disco duro, un móvil y una Nintendo DS. Una resiliencia sin acceso a zooms, zumbas, cursos online de cocina y todo tipo de manualidades pertinentes, plataformas de entretenimiento como Netflix, HBO, Filmin o Amazon, TikTok, Youtubers y todo tipo de parafernalia generada o inventada ex propósito. Tener un confinamiento *offline* no supuso ningún apocalipsis. Simplemente me dediqué a terminar la animación que tenía entre manos usando un editor de teletexto, leer, ver esas películas que siempre dejaba para otro día, y pasarme todas las versiones de Pokémon: *Black*, *White*, *Silver*, *Gold*, *Diamond*, *Pearl* (los únicos juegos que tenía a mi disposición). Así pasaron mis

¿QUÉ ES UN FANZINE?

Los fanzines, ¿se hacen a mano o a máquina? En realidad, de cualquier manera. Como desees y te apetezca. El fanzine es un formato libre, sin límites, al alcance de la mano de cualquier persona inquieta. Con unos folios, un lápiz, pegamento y unas tijeras puedes iniciar la revolución. Es la herramienta perfecta para experimentar y dar a conocer tu trabajo, sea analógico, digital o un híbrido. Los fanzines mutan a su antojo, al del lector y el creador. Do It Yourself, ¡hazlo tú mismo! En tu casa, en la calle, en el txoko, en soledad o en compañía.

No necesitas ser considerado un artista, ni dibujar según los cánones establecidos o escribir como los ángeles. Hacer un fanzine es expresarte sin tapujos, proyectar tus ideas, expulsar tus monstruos y compartir el resultado con otros seres humanos ávidos de sensaciones. Contracultura, cultura subterránea, underground, alternativa... Sea cual sea el calificativo, sea cual sea la etiqueta, el fanzine se sale de los circuitos habituales, rompe esquemas y abre nuevas vías de creación y divulgación, sin la necesidad de emplear grandes medios.

Hacer un fanzine es un ejercicio de catarsis, una manera de comunicarse, un modo de expresarse.

días hasta que pude volver. Para mi sorpresa, vía *WhatsApp*, todo el mundo parecía tener «un pequeño apocalipsis en la mochila»¹, parafraseando a Borja Crespo. Mientras yo pensaba, de una manera naíf, que el impasse serviría para reflexionar, imaginar y crear nuevas posibilidades, futuros y dejar de una 01101010 01101111 01100100 01101001 01100100 01100001 vez de ver el el futuro como una extensión del pasado.

Un año después, el confinamiento parece algo anecdótico. Seguimos perdidos en el maremágnum. Y poco parece que hemos aprendido, ya que el espíritu crítico no es algo que haya ganada terreno en la sociedad, sino más bien lo contrario. Lo que parece haber prosperado es la "conspiranoia".

Explicaciones imposibles y delirantes que se normalizan hasta convertirse en realidad por puro aburrimiento y repetición. Otros siguen en sus microcosmos a la espera, reservando las vacaciones de verano por si acaso ya disponen del pasaporte de vacunación. Una visión miope del futuro, de puro corto plazo que busca la satisfacción personal inmediata (que pueda viajar, que pueda ir al bar, que pueda irme de fiesta, etc.). «Que todo vuelva a ser como antes», parece un estribillo pegadizo para el ascensor de el Corte Inglés o la cola del Zara en versión *Casiotone*.

Sin embargo, «nunca volveremos a la situación "normal" que hemos conocido en las últimas

«décadas», como bien argumentan Servigne y Stevens en su libro *Colapsos*. Un libro que casi podría utilizarse como manual de instrucciones para el mundo que nos invita a reinventar el futuro. Anticiparnos al colapso nos hubiera ahorrado muchos quebraderos de cabeza, pero no nos vamos a engañar, siempre esperamos al último momento, al momento inevitable en el que poco se puede hacer más que lidiar con lo que haya sobrevivido a la estampida, los pedazos, las ruinas, los escombros.

Uno de los apartados del libro nos da una catalogación de las reacciones hacia el colapso que podrían extrapolarse a las surgidas hacia el COVID: «Las reacciones vaexplotaristas (»va a explotar«), las reacciones degueristas (»¿de qué sirve?«), los superdivulgentes o *preppers* (»a cada uno su vida«), los transicionistas (»estamos todos en el mismo barco«) y los colapsólogos desquibren una verdadera pasión por este tema del que nadie habla y que da sentido a su vida. [...] Curiosamente, los «geeks del colapso», de los cuales los más famosos se conocen como *collapsniks* en los medios anglosajones, suelen ser ingenieros... y hombres».

Un formato en el que abunda más la documentación (en Netflix hay ejemplos de éxito a patadas). Las cámaras ocultas cuentan siempre la verdad? Así lo pretende el fenómeno de *Film in*, el *infiltrado*, pero el cine es falso. El poder de la imagen en movimiento como verdad absoluta es hartamente cuestionable.

«The Capture» consta de seis capítulos, escritos y dirigidos por Ben Chanan ('The Missing'), que también hurgan en otro tema espinoso: ¿el fin justifica los medios? Bajo esta premisa la serie no deja titerear con cabeza, partiendo del juicio de un soldado que sale bien parado de un posible asesinato a sangre fría mientras se encuentra en activo. La noche en que celebra su absolución decide demostrar su atracción por la abogada defensora que le ha ayudado a salir de la cárcel, pero el romanticismo se torna violencia. Así lo recoge una cámara de vigilancia frente a una parada de autobuses cercana al bar de la fiesta. A partir de esta extrano suceso que el militar niega, el protagonista acusado de secuestro se sitúa en el epicentro de un torbellino de giros inesperados en la trama (con *cliffhangers* mayúsculos al final de cada entrega, generando tensión). ¿Es real el crimen? ¿Es un invento? Todo apunta a que sí en plena investigación, pero la agente encargada del caso no las tiene todas consigo. Demasiados cabos sueltos.

principio de nuestro futuro. Reinventaremos las formas de festejar, de estar presentes en el mundo con los demás seres que nos rodean». De nada sirve cargarlos a la espalda mini apocalipsis de mochila, dando por perdida la batalla. Hay que seguir en la barricada, hay que seguir luchando e imaginando. No es momento para retirarse, para retroceder. Cada vez parece más claro que para cambiar las cosas primero tenemos que inventarlas e imaginarlas.

Adam Curtis en su último documental «Can't Get You Out of My Head», estrenado el trece de febrero de 2021, también nos deja una extensa reflexión en forma de seis capítulos sobre cómo hemos legado hasta aquí y por qué, tanto a los que están en el poder como a nosotros, nos resulta tan difícil seguir adelante. No obstante, al igual que he hecho con Servigne y Stevens, me quedare con su reflexión final y las tres posibilidades de futuro que nos plantea. La primera sería un sistema de control al estilo de la distopía de «Walden Two», escrita por psicólogo B. F. Skinner y materializada en la ciudad de Guyang, donde China ha construido el sistema de vigilancia más sofisticado del mundo, una gobernanza algorítmica [*Algorithmic governance*] donde los datos se recopilan y utilizan para controlar el comportamiento humano, o, como dice Curtis, «un mundo más allá de la libertad y la dignidad». La segunda posibilidad es que el futuro sea como el pasado, la antigua estabilidad y normalidad,

El arco argumental de «The Capture» está bien hilado, sin excesivos subrayados, a pesar de la complejidad de lo narrado. La serie británica exprime a conciencia los recursos narrativos oportunos, economizando si es preciso, lo que viene a ser ir al grano. Las piezas van encajando, hasta el demolidor desenlace. Lo más interesante del proyecto es el retrato ambiguo que se realiza de los personajes, desde una perspectiva moral. La ética que muestran se contradice, pueden pisotear sus principios a la primera de cambio y nadie es realmente de fiar, lo que aporta especial interés al relato, de ritmo acompasado. Nos vigilan, está claro. Nos vigilamos a nosotros mismos. En los días de confinamiento, concretamente, desde los balcones. Asusta como esa la puestas el autoritarismo y la fiscalización de los demás en la sociedad actual. Volvemos a «Walden», y vamos más allá: ¿quién vigila a quienes vigilan a los vigilantes? Así, hasta el enemigo final. Tirar del hilo es muy divertido en el terreno de la ficción audiovisual, en un momento en el cual la cultura de la cancelación se abre paso como forma de protesta entre los usuarios de Internet. La repudia total a una persona, organización o empresa, por un supuesto comportamiento inaceptable. Se extiende como la espuma, principalmente a través de la redes sociales, pero este tipo de rechazos suelen conseguir lo contrario, el llamado efecto Streisand: censurar un contenido acaba dándole promoción.

sobreinformación y desinformación que nos rodea a golpe de San Google.

En pleno auge de las fake news, noticias inventadas cuyo mensaje prevalece aunque se desmentan oficialmente, generadas y difundidas por perfiles falsos, bots y medios de dudosa fiabilidad, cabe responder a la inquietud de una audiencia que se cuestiona el estado de las cosas desde la resiliencia, esgrimiendo un inconformismo cotejado que no consiste en cuestionarlo todo porque sí. Es cada vez mayor la cantidad de mentiras que se distirazan de noticia en última hora, que corren como la pólvora en Facebook o Twitter. Son creadas generalmente con fines políticos: algunos han ganado un aluvión de votantes, e incluso las elecciones. Atendiendo a intereses ideológicos y económicos, aunque también hay internautas que parecen distributar sin más divulgarlo todo, algunas muy peligrosas. Fotomontajes, declaraciones sacadas fuera de contexto, tuits modificados con Photoshop, memes absurdos y surrealistas que hacen arder los grupos de WhatsApp... Quizás lo más incontestable sean los vídeos. A la imagen supuestamente real, en movimiento, es difícil sacarle los colores, pero todo y nada es lo que parece. La primera impresión es lo que cuenta entre el público potencial de este tipo de material de pérdida ficción. Quieren crear a pies juntillas lo que leen, ven o escuchan, porque es lo que casa con su visión del mundo. Los deepfakes han

agotada y vacía de nuevas ideas. Donde la corrupción sigue imperando en las instituciones y los políticos siguen mostrando su incompetencia a la hora de atajarla. Una sociedad en decadencia y sin visión del futuro, donde las desigualdades seguirán aumentando a ritmo imparable.

La tercera posibilidad sería la de «tratar de imaginar tipos de futuros genuinamente nuevos, unos que nunca habian existido. Pero para hacerlo como individuos tenemos que recuperar la confianza que hemos perdido en este momento de miedo e incertidumbre [...] Quizás seamos mucho más fuertes de lo que pensamos. Lo único seguro es que el mundo del futuro será diferente. Y la gente de ese futuro también se sentirá y pensará diferente. Si podemos recuperar nuestra confianza, descubriremos que tenemos el poder de influir en cómo resulta ese futuro. Y como primer paso tenemos que empezar a imaginar qué tipo de futuro queremos construir».

Esta reflexión forma parte de la idea detrás del proyecto *Elige tu propia normalidad*, un diálogo para inventar y construir ese futuro entre todos y todas. Esta es nuestra propuesta de celebración del aniversario. Un espacio para la imaginación, la posibilidad y la crítica, no para la nostalgia, el estancamiento y el tedio.

Legado para quedarse, se viralizan sin freno y nuestras cabezas no terminan de preguntarse si las estampas audiovisuales que guenan nuestras retinas son verdaderas o falsas. Compartimos datos presos de la inmediatez, sin reposar la información, empujados por el algoritmo y el afán de protagonismo. Reacción frente a reflexión.

Nos hemos acostumbrado al bombardeo de fragmentos de realidad que atrapan y comparan nuestros teléfonos móviles sin cuestionarnos su naturalidad. Aquí te pilla, aquí te grabo. Los telévidios han validado este material, emitiéndolo como sinónimo de verdad. Ante el exceso de imágenes manipuladas y falsificaciones, como ya avanzaba la visionaria serie, *Years and Years*, 'The Capture', es la producción que el público crítico necesita. Relata, con un punto comercial que le permite llegar al gran público, cómo se puede controlar a las personas a través de las nuevas tecnologías y cómo hemos normalizado la propagación de bulos, la escandalosa difusión de fake news y sus posibles consecuencias. ¿Es siempre cierto todo lo que nuestros ojos ven? Como exclama 'Watchmen', el cómic de Dave Gibbons y Alan Moore convertido en formato serializado, ¿quién vigila a los vigilantes? Ojo también a esos documentales que tienen tan claro su mensaje que no se desvían en ningún momento del mismo. La conclusión está pactada de antemano y da igual cómo llegar al final, un pecado habitual en las producciones más mediáticas adscritas a

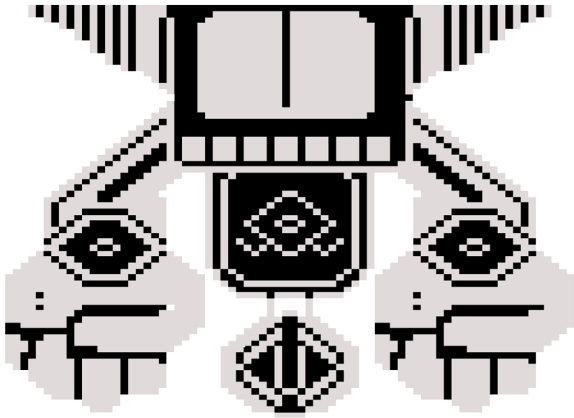
Añkeratu zeure normaltasun
Elige tu propia normalidad
Choose your own normality

https://eligetupropianormalidad.com

Posta elektronikoa / Email:
eligetupropianormalidad@gmail.com

Posta / Envío Postal / Mail:
Añkeratu zeure normaltasuna / Borja Crespo & Raquel Meyers

Arriquirabar plaza, 4. 48010 - Bilbo



1 Crespo, Borja. 2021. *Castración social*.
2 Servigne, Pablo, Raphaël Stevens, and Marta Suárez Bravo. 2020. *Colapsología*. Barcelona: Arpa.
3 *Idem*.
4 Cutts, Adam. 2021. *Can't Get You Out of My Head*. BBC.

"¿POR QUÉ TE VIGILAS?"

BORJA CRESPO, 2021.

"¿Por qué me vigilan?", te preguntas. "Si no soy nadie", te contestas. ¿Por qué te vigilas?, añadimos. ¿Quién vigila a quién? Estamos encantados de que nos vigilen. Si es que nos vigilan, porque ya nos vigilamos nosotros. A nosotros mismos. Abrazamos al Gran Hermano. Lo besamos y sentimos. Espolvoreamos nuestro ADN sobre su inmenso poder. La pandemia es obra del sistema o el sistema es el huevo viral. Si matamos la coronagallina todopoderosa, ¿qué nos queda? Algunas mentes iluminadas por la amenaza vírica del momento han descubierto que nos controlan. A estas alturas de sus preciadas vidas han visto los hilos. Como si no llevarán ahí meses, años, lustros, siglos... con su sombra amenazante sobre nuestra existencia de catálogo de Ikea. ¿Quién los mueve? ¿Un algoritmo? Desgastemos la palabra. Nosotros mismos, ¿sin que seamos nosotros? La jugada maestra. ¡Maestra!

Nos bombardean con publicidad mientras aplaudimos con las orejas. Por fin he encontrado exactamente las zapatillas deportivas que buscaba. He abierto Instagram y ahí estaban, a un golpe de click. Pura magia. Amazon subvenciona material escolar. ¡Qué genialidad! ¡Viva 'Black Mirror'! Hay manipulaciones bastante más preocupantes que tener que ponerse la mascarilla, pero mejor que cubra la papada y permanezca por debajo de mi nariz porque quiero respirar la libertad,

"LA IMAGEN SUPREMA"

BORJA CRESPO, 2021.

Fake news, deep fakes y cancelación.

¿Lo que nuestros ojos ven es siempre verdad? Las imágenes en movimiento que graban nuestros móviles pueden ser una gran mentira, como la exposición de nuestras vidas en las redes sociales, el paraíso de la egolatría, el consumismo y una libertad falsa.

Los avances tecnológicos pasan por encima de nuestras mentes (y cuerpos). La evolución de la civilización no va a la misma velocidad. Las herramientas digitales están ahí, ganando terreno, acaparándolo todo, y no atinamos siempre a la hora de utilizarlas adecuadamente en nuestro beneficio. Nadamos en un mar acotado por redes de pescar elaboradas a base de datos. Mandamos a diario información al ciberespacio para que sepan qué suelo pisamos, qué comemos, cómo vestimos, con quién estamos... Cualquier maniobra en las redes sociales es válida con tal de ganar notoriedad, sin obtener necesariamente algo de provecho, salvo unos golpecitos virtuales en la espalda. La exposición a los demás roza lo enfermizo, la esquizofrenia, el absurdo. El Gran Hermano nos vigila, o más bien El Gran Ego, porque somos nosotros mismos quienes nos señalamos. Todo apunta a que, efectivamente, alguien mueve los hilos que nosotros mismos hemos atado, por decisión propia, a nuestros

aunque huela a muerto. Me salto el toque de queda como las *celebrities* y lo cuento en un *tiktok*. *Enfant terrible* hasta los 99. Como si ser conejillos de indias fuera una cosa de antes de ayer. El gusto, las tendencias, la educación... ¡vaya lata! Si me viene todo dado, eso que me ahorro. Bendita opinión pública que acuna mis pensamientos artificiales. Aprender y desaprender cuesta trabajo. ¿Quién quiere trabajar para sí mismo cuando está cansado de trabajar para otro?

Desdibujado el concepto de libertad, infantilizada la sociedad, "futbolizada" la política, nos entretenemos con ficciones distópicas, aplaudimos películas, series y libros sobre mundos futuros apocalípticos sin aplicarlos el cuento. Vemos 'Los juegos del hambre' y ya no tenemos cargo de conciencia. Nos tragamos la moraleja y la excretamos. No hay más preguntas. Game Over antes de empezar la partida. *Deadly Player One*.

No hay mejor vigilante que el que hace creer a los demás que no vigila mientras todo lo controla. Silencioso, omnipresente e invisible, guía esos pasos que parecen nuestros. Somos el infierno que camina.

He visto la luz. Voy hacia ella. Aunque me ciegue.

(Texto inspirado por la charla "El enemigo conoce el sistema", de Marta Peirano, en Gutun Zuria, AZ, 27/3/21)

miembros, incluyendo el cerebro. Fichamos en los restaurantes que comemos, hacemos publicidad gratuita a las discotecas y lugares de veraneo, dejamos nuestros pasos al servicio de las multinacionales a la primera de cambio, saben qué queremos comprar... Con la excusa de la pandemia, nuestros movimientos han sido acotados y registrados con una precisión que asusta.

A veces, para aliviar nuestra conciencia burguesa, nos quejamos y señalamos airadamente cómo están coartando nuestra libertad, con un post incendiario en alguno de nuestros perfiles *online* (para que también figure nuestra información, incluyendo la geolocalización). Nos entretenemos siendo un escapate de cara a los demás. Para acentuar nuestra exposición mediática, miles de cámaras nos graban por la calle, en establecimientos y en los sitios más insospechados. Excepto, teóricamente, en los baños públicos y poco más, es difícil encontrar puntos ciegos donde no haya algún dispositivo que recoja nuestros movimientos. El coronavirus ha provocado el despertar de numerosos ciudadanos alarmados por el control de nuestra especie, como si el sistema no llevase desde sus inicios haciendo todo lo posible por tener contento al rebaño para que no se mueva de su sitio sin su consentimiento. Ilusos reconvertidos en fieras revolucionarias a las que se le va la fuerza por el teclado bailan el agua al consumo creyéndose los más rebeldes del barrio. La razón está despistada, intentando cuadrar la

Me vais a permitir la osadía de comparar la ubicación de los bancos públicos en las ciudades con la "teocracia computacional". En ambos casos nos comportamos como «inocentes usuarios».

Siempre me ha fascinado el criterio de ubicación del mobiliario urbano, donde se colocan los bancos públicos. Da igual si es en España o en Suecia. La mayoría de las veces los bancos públicos se encuentran localizados en frente de muros, contenedores, hileras de coches, carreteras, portales, o casi siempre de espaldas a cualquier paisaje o vista decente más allá de su utilidad. Buscando información sobre el tema llegué al blog de *Forjas Estilo* donde se daba una lista de los criterios de funcionalidad como por ejemplo: «eludir los lugares molestos por el ruido, polvo, viento, vibraciones; se elegirán preferentemente lugares estratégicos de observación, sosiego, diversión, en áreas deportivas»; se instalará retirado de malos estímulos olfativos y visuales, a la sombra o al sol; en emplazamientos donde haya que hacer algún tipo de espera...». En el post se afirmaba que «de cualquier manera, ningún emplazamiento es caprichoso y responde siempre a unos estrictos criterios previamente establecidos de acuerdo al orden de las ciudades, al confort de sus habitantes y a su calidad de vida».

NORMALIDAD 001: MOBILIARIO URBANO Y TEOCRACIA COMPUTACIONAL.
RAQUEL MEYERS, 2021.

El espacio público virtual nos permitirá diseñar los bancos y, aunque no podamos sentarnos en ellos, podremos compartirlo en nuestras redes sociales.

El artista visual James Bridle ya nos alertaba de la aceptación puramente funcional de la tecnología en su libro *La nueva edad oscura: la tecnología y el fin del mundo* (publicado en España en 2020), de aquello que él denomina como «pensamiento computacional». Sea cual sea el problema práctico puede resolverse mediante la aplicación de la ciencia de que cualquier problema que se presente de lo que otros han denominado solucionismo: la creación de que cualquier problema que se presente puede resolverse mediante la aplicación de la computación. Sea cual sea el problema práctico o social al que nos enfrentemos, existe una app para solucionarlo». La pandemia simplemente ha acelerado la implantación de ese solucionismo tecnológico, del utilismo absoluto digital que facilita nuestra nueva cotidianidad, pero... ¿a cambio de qué?

Aceptamos resignadamente sentarnos en frente de un contenedor de basura, como las condiciones de privacidad de cualquier app, porque no queremos complicarnos la vida. Solo queremos descansar, usar la mensajería instantánea o publicar un story de activismo de click de "lo mal que huele o lo sucio que está" ese contenedor. Nuestras reivindicaciones son a corto plazo, nada tienen que ver con una proyección futura. Normalizamos y aceptamos criterios que condicionan nuestra vida. Cedemos nuestra responsabilidad, nos retiramos y seguimos con nuestras rutinas.



Una de las cosas que no parecemos entender es que a las grandes corporaciones detrás de las redes sociales (Facebook, Twitter, Instagram, TikTok ..) no les importan nuestras reivindicaciones o cualquier significado que haya detrás de nuestros stories, post y tweets, excepto las emociones que se generan y activan cuando publicamos cualquier tipo de contenido. Estas emociones son la clave para aumentar sus ganancias, las denominadas «High Arousal Emotions». Su intención es tenernos en un estado de ansiedad constante para que sigamos alimentándolas. Un ejemplo perfecto es el escándalo *Facebook–Cambridge Analytica – Donald Trump*, como así lo explica el documentalista de la BBC Adam Curtis: «lo que realmente se fabricó con la histeria y la sospecha fue una fuente constante de emociones de alta excitación [*high-arousal-emotions*] que las máquinas necesitan. A estas no les importaba el significado [*meaning*] de lo que la gente pudiera pensar o sentir sobre Donald Trump, simplemente alimentaban las olas de paranoia que hacen que las empresas de tecnología sean aún más rentables y poderosas»⁴. La mayoría piensa que las redes sociales son un espacio para la libertad de expresión pero, en el fondo, son un criadero de emociones cuya única función es generar dinero. La histeria, la paranoia, la sospecha, la rabia... se cotizan al alza.

En los últimos años han aparecido muchos renegados californianos que intentan paliar este vacío ético con nuevas empresas que nos avisan de los

algo que todos tenemos en común, es de hecho una expresión cruel de las desigualdades sociales y de las maneras de afrontar la situación, tan diferentes para los individuos según su condición económica»⁶.

No os engañemos. La pandemia ha acelerado nuestra aceptación de este tecno-medieval con manual de instrucciones y conexión a internet obligatoria. Un capitalismo de emociones al que no le importa nuestro espíritu crítico ni nuestra sensibilidad, sino nuestra capacidad flexible de adaptación y sumisión a la certeza científica, matemática, económica y tecnológica. Esta apreciación es igual de disparatada que el emplazamiento de los bancos públicos. No hay confort ni calidad en tales decisiones, puro solucionismo. En nuestro fuero interno lo sabemos, lo mismo que la normalización y aceptación de la *teocracia computacional*. Pero como bien afirma Mark Fisher, filósofo y profesor del departamento de cultura visual de Goldsmiths, solo «estamos autorizados a seguir participando en el intercambio capitalista siempre que consideremos que el capitalismo es algo muy malo solo en nuestro fuero interno»⁷. Por mucho que nos empeñemos en pensar que proclamarlo en las redes sociales puede cambiar las cosas, estamos muy equivocados y hasta que no cambiemos la manera que tenemos de reivindicar, de protestar, de exigir... seguirán siendo eventos y anécdotas cosificables solamente en *likes* y/o reproducciones. Siguiendo con las reflexiones de Fisher, para nuestra desgracia el *Gran hermano*

peligros que ellos mismos han generado y de los que siguen sacando beneficios. Pero la culpa de todo no la tiene la tecnología, los creadores y los usuarios también son responsables. El sueño distópico californiano de *Silicon Valley* fue siempre la cosificación del pensamiento de la escritora y filósofa Ayn Rand: el egoísmo racional, el individualismo y el capitalismo *laissez faire*. Todo esto y muchas otras más cosas nos han llevado hasta aquí, pero, sobre todo, nosotros y los que están en el poder. Nos hemos acomodado y autorregulado delante de nuestras pantallas, listos para adaptarnos y obedecer.

Las voces que nos alertaban han sido muchas, entre ellas la del crítico y ensayista Jonathan Crary que nos recordaba que «la ilusión de elección y autonomía es uno de los fundamentos de este sistema global de autorregulación. En muchos lugares todavía se escucha la afirmación de que las condiciones tecnológicas contemporáneas son esencialmente un conjunto neutral de herramientas que pueden utilizarse de maneras diferentes, incluyendo su uso al servicio de una política emancipatoria»⁵.

La pandemia ha revelado que la ilusión emancipatoria de la tecnología ha quedado reducida al bien común de las *high-arousal-emotions* y al aumento de las desigualdades entre los individuos. El historiador Roger Chartier nos alerta de la «impotencia reflexiva» que nos azota y afirma que «el confinamiento, que parece

de Orwell no se ha quedado trasnochado sino que tiene más vigencia que nunca. «Nosotros, el público, nos hemos emancipado de toda forma de control extrínseco; más bien nos encontramos integrados en un circuito de control cuyo único mandato son nuestros deseos y preferencias que vuelven, no como los propios, sino como las preferencias y los deseos del gran Otro»⁸. Y a ese gran Otro no le importa que esperemos el futuro sentados en un banco mirando un contenedor.

<https://eligetupropianormalidad.com>

1 <https://www.forjasestilo.es/noticias/entry/criterios-de-ubicacion-del-mobiliario-urbano-bancos>

2 Finn, Ed, and Héctor Castells. 2018. *La búsqueda del algoritmo: imaginación en la era de la informática*. Barcelona : Alpha Decay.

3 Bridle, James, and Marcos Pérez Sánchez. 2020. *La nueva edad oscura: la tecnología y el fin del mundo*. Barcelona: Debate.

4 Cutis, Adam. 2021. *Can't Get You Out of My Head*. BBC.

5 Crary, Jonathan. 2015. *24/7: el capitalismo al asalto del sueño*. Barcelona: Ariel.

6 Chartier, Roger. 2021. *Lectura y pandemia. Conversaciones*. Capedalles. Katz editores.

7 Fisher, Mark. 2018. *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra Editora.

8 *Idem*.